





Ken Bruen

# EL GRAN ARRESTO

Traducción de Marta Cabarcos



ediciones Pàmies

Título original: *A white arrest*

Primera edición: marzo de 2008

© 1998 by Ken Bruen

© de la traducción: Marta Cabarcos, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies  
Carlos Alonso, editor  
C/ Monteverde, 11  
28042 Madrid  
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-11-9

Diseño de la cubierta: Javier Perea

Foto de cubierta: London by night. John Foxx /Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para Michael Burt



## **EL GRAN ARRESTO**

Es la cúspide de toda una carrera policial.  
Sir Robert Peel

El que oculta toda la mierda anterior.  
Detective sargento Brant





Les llamaban R&B. El inspector jefe Roberts era el Ritmo y Brant, el Blues más melancólico. También se decía que «cerdo ignorante» le pegaba más.

En la mesa de trabajo de Roberts había un teléfono, una foto familiar y una placa que imitaba un pergamino de madera y bronce con una inscripción:

*El lunes de Pascua de 1901, el reverendo James Charmers llegó a la isla de Goaribari, en la costa sur de Nueva Guinea, con la intención de convertir a los nativos. Los goas se apresuraron a recibirlo, lo dejaron inconsciente a garrotazos y luego lo descuartizaron, lo cocinaron y se lo comieron esa misma tarde.*

Para Roberts eso es todo cuanto necesitas saber para ser policía.

La agente de policía Falls observaba el bollo azucarado que descansaba junto a la taza de café como una jugosa tentación.

Llegó otra policía que dijo:

—¡Caramba! ¡Qué tentador!

—Hola Rosie.

—Hola. ¿Te lo vas a comer?

—Pues no lo sé.

Falls protagonizaba todos los sueños eróticos de la comisaría. Al menos, eso le gustaba pensar. Medía poco más de 1,65 y era, como se suele decir, de carnes prietas, pero le sentaba bien. Al verla, la mente se llenaba de arrebatados adjetivos: exuberante, turgente, pechugona, disponible. Este último, en grandes letras de neón.

Soltó una risita cómplice.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rosie.

—¿Conoces a Andrews?

—¿El de la comisaría de Brixton?

—Sí, ese. Anoche le colé el rollo de siempre, ya sabes, que los hombres se lo creen todo.

Rosie se rió antes de preguntar:

—¿Lo de «El sexo tiene que ser una experiencia espiritual para una mujer, no consiste sólo en follar y marcharse.»

—Sí. Le expliqué que tenía que haber un vínculo emocional. Se lo tragó hasta el fondo, el soplagaítas.

Le dio otro mordisco al bollo, se dejó llevar por aquel azucarado placer y se preparó para la puntilla.

—Y encima me creyó cuando le dije que el tamaño no importa.

Rosie intentaba no armar demasiado escándalo. En una cantina llena de hombres, la risa de una mujer parecía una amenaza en toda regla. Levantó la mano y midió unos cinco centímetros imaginarios entre el pulgar y el índice:

—¿Te resulta familiar?

Falls se desternillaba.

—Tú también te lo cepillaste, ¿eh, zorra?

—Bueno, fue algo rápido, eso al menos se lo concedo.

Falls empujó lo que quedaba del bollo hacia Rosie y le dijo:

—Ya que compartimos otros detalles sin importancia...

Falls tenía el pelo rizado y corto, como el de una tortillera. Hacía destacar sus ojos oscuros. La nariz respingona le daba un aspecto de permanente entusiasmo y la escueta boca le redimía de su evidente belleza. Lo peor eran las piernas, su constante cruz. De pronto se puso seria:

— Ya había cumplido los treinta y dos cuando me di cuenta de que aquello que decía mi padre de «Me quitaré la vida y me llevaré a la niña conmigo» no era amor sino que estaba borracho.

— ¿Sigue vivo?

— A veces, pero nunca los fines de semana.

— Se parece a mi Jack. Está como una cuba desde que lo echaron del trabajo.

— ¿El sexo fuerte, no?

— Eso creen.

Rosie tenía unas facciones «agraciadas». Vamos, que agradecía que alguien la mirara. Pocos lo hacían, ni siquiera Jack.

Leroy Baker no era la imagen del vigor precisamente.

— Aaah... ¡La hostia! — rugió al esnifar la quinta raya de coca. Entonces dio un fuerte pisotón con la zapatilla de deportes desatada—. Esta mierda es buena.

Estudió su apartamento. Rebosaba de todo cuanto el dinero podía comprar. Leroy tenía montañas de dinero. El negocio de la droga florecía y pensó que probar la mercancía no le haría daño, que en realidad sería bueno para el negocio. No pensaba que se estuviese enganchando. Solía decir «Me mantiene alerta, en este negocio hay que estar centrado».

Aporrearon la puerta aunque, al principio, no se enteró. El latido de la coca lo había ensordecido. Al ceder las bisagras y moverse la puerta, empezó a prestar atención. Entonces se abrió de par en par y cuatro hombres se abalanzaron sobre él. Creyó

haber visto monos de trabajo y pasamontañas, pero se centró en los bates, bates de béisbol.

Fue lo último que miró fijamente.

Veinte minutos más tarde colgaba de una farola con el cuello roto y un letrero al cuello que decía:

«E de Exterminadores.»

Calle abajo, una solitaria zapatilla de deporte indicaba desde donde lo habían arrastrado. Cuando se empezó a hablar de la «E», se dijo que uno de los de la banda silbaba despreocupadamente al trabajar. Parece ser que la melodía era *Leaning on a Lamppost, at the Corner of the Street*<sup>1</sup>.

Al igual que mucho de lo que estaba por suceder, aquello estaba envuelto por un velo de leyenda urbana y violencia, los dos elementos clave para obtener la máxima publicidad.

<sup>1</sup> «Leaning on a Lamppost» es el título de una conocida canción de George Formby (1904-1961), comediante británico conocido por tocar el banjo.

## Vocación de obrero

—Inspector jefe —dijo Roberts descolgando el teléfono.

Le encantaba decirlo.

—¿John? ¿John? ¿Eres tú?

—Sí, querida.

—Pero qué formal suenas, como si fueras muy importante.

Intentó aguantarse el genio, miró al receptor, respiró hondo.

—¿Querías algo?

—La ropa de la tintorería, ¿puedes recogerla?

—¡Recógela tú!

Y colgó el teléfono, lo volvió a descolgar y pulsó un número.

—¿Sí, señor?

—Acabo de hablar con mi mujer.

—Lo siento señor, dijo que era urgente.

—Nunca me la pases. ¿No quedó claro cuando te lo dije?

—¿Claro, señor?

—¿No me he explicado con suficiente claridad? ¿Quizás quedó un resquicio de duda del tipo «A veces está bien pasarle las llamadas de la zorra»?

—No, señor. Lo siento, señor. No se volverá a repetir.

—Bueno, no hagamos una montaña de este grano de arena. Si se vuelve a repetir, terminarás en la Railton Road de cole-gueo con los sin techo. Ahora piérdete.

Roberts salió de detrás de su mesa y miró su reflejo en el espejo de medio cuerpo. Había un foto del antiguo capitán de la selección inglesa de críquet, Mike Atherton, con un pie de foto que decía:

### NO ES CRÍQUET

Roberts tenía sesenta y dos años y su aspecto podía llegar a impresionar. Aunque últimamente se había dado cuenta de que eso era cada vez más difícil. Los hombros caídos parecían querer decir «vejstorio».

Su musculoso cuerpo exigía ejercicio. Más del que estaba dispuesto a hacer. Conservaba una poblada mata de cabello grisáceo, pero no tenía claro si empezar a utilizar el Grecian 2000 o no. Tenía unos ojos castaños que jamás se mostraban compasivos y la nariz aguileña. Solía decir a diario: «Odio esta puta nariz». El cabezazo de un borracho se la había descolocado y los matasanos le habían hecho una chapuza. Según su mujer, tenía una boca interesante hasta que la abría para hablar; entonces se podía calificar de deforme. Aquello le producía un placer perverso.

—¡Que venga Falls! —ladró, apretando el interfono.

—Hmm.

—¿Estás sordo?

—Lo siento señor. No sé en qué movida andaré.

—¡En qué movida! ¿Pero qué es eso? ¿Es que estamos en una puta comuna? Eres policía, encuéntrala. Encuéntrala ahora y no me obligues a oír esa bazofia rasta otra vez.

—Sí, señor.

Cinco minutos después llamaron a la puerta y entró Falls estirándose la chaqueta; varias migas fueron a parar al suelo.

Los dos observaron como caían.

—¿De picoteo con algún ricachón?

—En absoluto, señor —respondió ella sonriendo.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Sí, señor?

Rebuscó en la mesa hasta dar con unos recibos rosa que arrojó en su dirección.

—¿Recibos de tintorería?

—Muy observadora. Recógelo a la hora de comer.

Falls no los tocó.

—Creo que no. Es decir, señor, no forma parte de mi trabajo hacer de ayuda de cámara.

Él le dirigió una mirada indignada.

—¿No creerás que lo voy a recoger yo, verdad? ¿Qué imagen daría eso? Un hombre de mi rango mariconeando en la tintorería.

—Con el debido respeto, señor, yo...

No la dejó terminar.

—Si quieres seguir cayéndome bien, encanto, no me jodas.

Falls consideró seguir en sus trece, defender su dignidad por el bien de todas las mujeres, y decirle, con todo respeto, por dónde se los podía meter; luego pensó: «Sí, ya, seguro que funciona».

Recogió los recibos.

—Necesitaré dinero.

—Claro, nena, y quién no. ¿Dónde está Brant?

Más tarde, nada más aparcar, Roberts caminaba por la acera cuando surgió de las sombras un hombre con la cara hecha un poema. Un tiarrón. Parecía que iba a reventar el chándal.

—Eh tú, me da que me voy a quedar con tu dinero y, a lo mejor, también con el reloj si no es una mierda.

—¿Influiría en tu decisión saber que soy de la pasma?  
—dijo Roberts con un gran cansancio.

—Un poco, pero no demasiado. Llevo todo el día pidiéndole dinero a la gente, de buen rollo, y me han tratado como a una mierda. Así que se acabaron las buenas maneras. Suelta la pasta, tío.

—Bueno, como puedes ver, no soy ninguna nenaza. Y aunque no estoy muy en forma, soy un poco cabrón. Seguro que me vas a hacer daño, pero te juro que te voy a romper el alma.

El hombre se lo pensó durante un momento, dando luego un paso hacia atrás.

—Joder, paso —escupió.

—¿Que pasas? Y una mierda. Ya te estás largando de mi territorio, tío, abultas mucho.

Roberts echó a andar; el tiarrón pensó en romperle el parabrisas con un ladrillo, pincharle las ruedas o alguna otra putada. Pero el hijo de puta daría con él. Sí, era un pedazo de cabrón despiadado. Será mejor dejarlo tranquilo.

«Has tenido suerte, tío.»

No estaba claro a quién se refería.

Cuando Roberts llegó a casa, tuvo que apoyarse en la puerta. Le flaqueaban las piernas y sentía escalofríos. Oyó una voz:

—No te estará dando un ataque, ¿eh, papá?

Sarah, su hija de quince años; se suponía que iba a un internado, uno muy caro, y tenía que mencionar lo del corazón la muy... No es que aquello acabara con él, simplemente le sentaba como una patada en el estómago: dolorosa e insoportable. Intentó recobrar la compostura.

—¿Qué haces aquí? ¿Ya te han dado vacaciones?

—No. Me han expulsado.

—¡Cómo! ¿A santo de qué? Necesito un trago.



Se sirvió un generoso vaso de Glenlivet, luego un poco más, tomó un lingotazo y miró a su hija. Se encontraba en ese preciado y eterno momento de transición de niña a mujer. Adoraba y despreciaba a su padre a partes iguales. Él se acercó.

—¡Por Dios! ¿Qué es eso que llevas en los labios?

—Es la moda, papá.

—¿Tiene que doler! ¿Por eso estás en casa?

—Claro que no. Mamá me dijo que no te lo contara. No he hecho *na'*.

Roberts suspiró. Sobre su cabeza se cernía la constante nube de la quiebra financiera y todo para enseñarle precisamente a decir «nada». Y ella lo pronunciaba como si hubiese nacido al otro lado del río y no hubiese salido aún de allí.

Levantó el teléfono mientras Sarah se despedía con un gesto y se iba a su cuarto.

—Aquí el inspector jefe Roberts. Sí, estoy en casa; un tío intentó robarme en mi propia calle. ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que si lo he detenido? Envíame al sargento Brant y un coche a recoger al pintas. Es un tiarrón, blanco, viste un sucio chándal verde. Que Brant se ocupe. ¿Mi dirección? Estás de coña.

Y colgó el teléfono de un golpe.

Un terremoto musical agitó el techo.

—Ya está —murmuró Roberts.

Subió las escaleras corriendo, de dos en dos, y comenzó a gritar como un loco:

—¡Sarah! ¡Sarah! ¿Qué es ese ruido infernal?

—*Encore Une Fois*, papá.

—Me da igual. Baja el volumen. ¡Ahora!

Sarah estaba tumbada en la cama. Se preguntó si podría arriesgarse con un porro. No, mejor no, al menos hasta que mamá llegue a casa.

«El que pega antes, consigue el ascenso»  
Detective sargento Brant

Brant se inclinó sobre el sospechoso y preguntó:

—¿Alguna vez te han pegado con un *puck*<sup>2</sup> en la garganta?

El sospechoso, un joven blanco, no sabía la respuesta, pero sí sabía que la pregunta pintaba mal.

Brant se llevó la mano a la frente.

—¡Uy! ¡Pero qué desconsiderado! —dijo—. Seguramente no sabes lo que es un *puck*. Ah, mi origen irlandés, sigue saliendo cuando menos te lo esperas. Déjame enseñarte.

El policía que estaba de pie en la puerta de la sala de interrogatorios se movió nervioso. Brant se dio cuenta pero no hizo caso.

—Un *puck* es... —dijo. Y con eso, le propinó un puñetazo en la nuez al detenido. Éste se inclinó hacia atrás en la silla, agarrándose la garganta. El único sonido en la sala fue el de la silla al caer.

—Ahora ya lo sabes. Una demostración práctica vale más que mil palabras, es lo que mi vieja solía decir... Dios la tenga en su gloria.

<sup>2</sup> Disco de caucho duro que se utiliza en *hurling*.

El hombre se retorció en el suelo intentando respirar. El policía dio un paso al frente.

— Señor, yo... —dijo.

— Cierra el puto pico. — Brant recogió la silla antes de continuar—. Tómame tu tiempo, hijo, no tenemos prisa. Con un par de *pucks* más, habrás perdido la noción del tiempo. Bueno, descansemos un rato. ¿Te apetece un taza de té? ¿Eh? ¿Qué le dirías, chaval, a una tacita de té? — Brant se sentó en la silla, sacó un cigarrillo arrugado, lo encendió y siguió con voz ahogada—. ¡Ah, Dios! ¡Estos muchachos me llegan al alma! — Le propinó otro golpe bestial—. ¿Quieres que te diga por qué violaste a la muchacha, antes o después del té?

— Antes —dijo el hombre.

Brant era como un pit bull. Al verlo, pensabas en la palabra «agresivo». Le iba como un guante. Apenas le quedaba pelo, tenía una entradas galopantes y el resto se lo rapaba casi al cero. Los ojos oscuros sobre una nariz rota al menos dos veces. Una boca grande y sensual que indicaba cierto refinamiento y aún ternura. Pero sólo lo indicaba. Medía 1,72 y era de constitución fuerte. No porque fuese al gimnasio, sino por su furia impetuosa. Llegó a admitir en el bar: «Nací cabreado y ha ido a peor».

Había conseguido ser detective sargento a base de mera brutalidad. Parecía poco probable que ascendiera en la policía metropolitana. Estaban desesperados por negar su imagen de matones.

La División Especial le había tirado los tejos, pero les respondió, en una nota memorable, que les dieran por el culo. Eso hizo que lo quisieran aún más. Buscaban a tipos así de duros.

— ¿Podría hablar con usted, señor? —preguntó el otro policía fuera de la sala de interrogatorios.

—Que sea rápido, chaval.

—Me siento en la obligación de protestar.

La mano de Brant salió disparada y agarró los testículos del policía.

—¿Y esto? ¿También lo sientes? Chaval, aquí necesitamos gente de cojones; tenlo en cuenta o terminarás patrullando el polígono de Peckham.

Falls se acercó.

—Ah, nada como sentirlo en las propias carnes —dijo.

—¿Qué quieres Falls?

—El inspector Roberts le busca.

Brant soltó al policía y dijo:

—No me vuelvas a interrumpir en medio de un interrogatorio. ¿Queda claro, chaval?

El club CA no tenía relación alguna con la cadena de tiendas de ropa del mismo nombre y, desde luego, no hacía publicidad. Significaba «Ciertos Años», es decir «para mujeres con...» Los años, o la edad, a la que las mujeres sabían lo que querían. Y querían sexo.

Sin adornos.

Sin prisas.

Sin complicaciones.

La mujer de Roberts tenía cuarenta y seis años. Según las nuevas pelis hollywoodienses para mujeres, una mujer de esa edad tenía más posibilidades de acabar en manos de un psicópata que de encontrar una nueva pareja.

Su amiga Penélope había compartido esta perla con ella y le estaba diciendo:

—Fiona, ¿no hay días en los que quieres que te folle un tío cachas, sin más rollos?

Fiona sirvió el café y soltó una risita nerviosa.

—¿No quieres saber si los negros la tienen más grande?  
—insistió Penny, envalentonada.

—¡Qué cosas dices, Penny!

—Claro que quieres, sobre todo porque el único gilipollas que hay en tu vida se merece la medalla a la gilipollez suprema.

—No es tan malo.

—Es un cabrón pedante. Venga, es tu cumpleaños, déjame que te invite al CA. Te follarán como siempre has querido y ni siquiera tendrás que pagar. Te invito.

Fiona ya lo había decidido pero quería que la convencieran, que le hicieran caer en la trampa.

—¿Es seguro? —preguntó.

—¿Seguro? Si quieres algo seguro, cómprate un vibrador. ¡Vamos! ¡Anímate! Los hombres lo hacen desde siempre, nosotras sólo estamos recuperando el tiempo perdido.

Fiona dudó.

—Y esos hombres... ¿son jóvenes?

—No pasan de los veinte años y son unos verdaderos musculitos.

—De acuerdo. ¿Tengo que llevar algo?

—Sólo tu imaginación. ¡Que empiece la juerga!

Brant entró en la oficina de Roberts sin llamar.

—¿Es que no sabes llamar?

—¡Caramba, jefe! Estaba tan ansioso por responder a tu llamada que se me olvidó.

—¡Ansioso!

—Sí, ansioso como un novio en su noche de bodas, jefe.

—No me llames jefe, no estamos en *The Sweeney*<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Conocida serie británica de policías de los setenta y nombre popular de un departamento especial de la policía metropolitana de Londres.

—Ni tú tampoco eres Reagan, ¿eh? Toma, tengo otro McBain para ti.

Arrojó un libro manoseado sobre la mesa. Parecía que lo hubiesen masticado, lavado y pisoteado.

—Lo has encontrado en el retrete, ¿no? —preguntó Roberts, sin tocarlo.

—Es lo mejor que ha escrito hasta ahora. Nadie describe el procedimiento policial como Ed.

Roberts se inclinó para ver el título. Un mancha de comida lo había borrado. Al menos, deseó que fuese comida.

—Deberías inclinarte por autores nacionales y leer a Bill James, así verás la parte humorística de este trabajo.

—Para eso te tengo a ti, jefe, la gota que colma el vaso del humor.

La relación entre R y B parecía estar siempre a punto de llegar a las manos. Parecía que nada les gustaría más que darse de hostias. Y ya había sucedido. Aquella tensión era pura química. También se le podía llamar dependencia mutua.

El soniquete del teléfono pospuso el intercambio de pullas.

Roberts descolgó de un manotazo y Brant pudo oír:

—¡Qué! ¡Una farola! ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Demonios! ¡No se te ocurra tocarlo! ¡No! ¡No lo bajes! Que la prensa no se acerque. ¡Joder! Vamos para allá. — Y colgó el teléfono.

Brant sonrió.

—¿Problemas, jefe?

—Un linchamiento. En Brixton.

—¡Estás de coña!

—¿Te parece que tengo ganas de broma? Además, dejaron una nota.

—¿Una nota? ¿Y qué decía? ¿Vuelvo a las dos, cariño?

—¡Cómo coño quieres que lo sepa! Vamos.

—Vale, jefe.

—¿Pero qué te he dicho, Brant? ¿No te he dicho que no me jodas llamándome así?

—No te olvides a McBain. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos.

Roberts cogió el libro y con un elegante movimiento, lo tiró a la papelera.

—¡Bingo!